

## DESEO Y MATERNIDAD

Marzo 1996, EPNA, Madrid

Mayo 1997, Hospital Universitario Virgen del Rocío, Sevilla.

### Bibliografía

- Maternidad y sexo. M. Lauger
- El erotismo. Georges Bataille- Tusquets
- El deseo y su interpretación. Lacan
- El carácter femenino. Viole Klein
- EL espacio imaginario
- El reino de las leyes. Victor Gomez Pin. Siglo XXI editores.
- Tótem y tabú. S. Freud
- La femineidad. S. Freud
- Sobre sexualidad femenina. S. Freud
- Disolución complejo de Edipo. S. Freud
- La relación de objeto. Seminario 4. Lacan
- Seminario 20. Lacan
- El estadio del espejo. Escritos, 1. Lacan
- La partición de las mujeres. Eugenie Lemoine.

## LA SUSTANCIA: EL DESEO

### Deseo y maternidad: su devenir imaginario

Deseo y maternidad son dos significantes, que aparecen unidos en los textos psicoanalíticos.

Freud los une, cuando dice que el deseo de tener un hijo, en la niña sustituye al deseo de poseer un pene.

M. Klein los une, cuando dice que de el deseo de un hijo sustituye a su deseo del pene del padre como objeto libidinal.

En esta unión de ambos significantes se enfatiza el deseo de un objeto que sustituye a otro.

A propósito del deseo:

George Bataille, en el prólogo de su libro “El erotismo” dice: “El espíritu humano está expuesto a las más sorprendentes conminaciones.

Se teme sin cesar a si mismo. Sus movimientos eróticos le aterrorizan” ... “No pienso que el hombre tenga la oportunidad de arrojar un poco de luz sobre si mismo antes de dominar lo que le horroriza”

Pero el hombre puede superar lo que le horroriza, puede mirarlo cara a cara. Gracias a ello escapa al extraño desconocimiento de si mismo que lo ha definido hasta ahora.

En efecto, acercarse al deseo de la madre requiere la disponibilidad de mirar a la cara la obra del deseo.

En otro momento de su libro dice Bataille:

“ El espermatozoide y el óvulo son, en estado elemental, seres discontinuos pero se unen; en consecuencia, una continuidad se establece entre ellos para formar un nuevo ser a partir de la muerte, de la desaparición de los seres separados.”

Es decir, la idea de continuidad forma parte del deseo y de la maternidad.

Es el deseo de la madre el artífice de la fusión madre-hijo. Deseo de continuarse en el hijo sin corte, sin diferenciación.

Es el deseo de la madre el que ignora el interdicto. El horror ante la posibilidad de perder el objeto falo incita al deseo a excederse, a sobrepasar el límite, buscando completarse en el hijo.

En el capítulo dedicado al objeto del deseo dice Bataille: “La orgía es el aspecto sagrado del erotismo, en el que la continuidad de los seres, más allá de la soledad, alcanza su expresión más sensible” ... “La orgía es necesariamente decepcionante.”

La orgía, como la madre, es necesariamente decepcionante, puesto que es necesariamente sacralizada.

Cuando Bataille habla de la supresión de los límites, lo hace refiriéndose a la tendencia a la negación que hay en cada participante en la orgía, respecto de

la individualidad de los demás, por esto insiste en la fusión, en la supresión del límite como sentido último en la búsqueda erótica.

Si entendemos el objeto del deseo como algo diferenciado del erotismo, no como el erotismo en su totalidad, sino como lo que da cuenta de su paso, el erotismo en tanto fusión se expresará a través de un objeto al que llamamos objeto erótico y a su vez este objeto erótico llama en su significación la negación del límite (de todo objeto).

Si pensamos como Bataille que el límite se presenta para incitar al exceso, nos veremos abocados a concluir que para el deseo de la madre el límite que se incita a franquear no es otro que el de la castración y la prohibición del incesto.

Y sin castración no hay madre, o en todo caso solo hay madre imaginaria. Dicho de otra forma, sólo la castración en la madre garantiza su ausencia, para que su función sea la que tiene que ser: transmisora de la ley.

Sabemos que la simbolización que se inicie con la ausencia de la madre, sobre el modelo del Fort-Da!, cuando el niño ya no necesita que la madre esté con él para tener madre; se consolida en un segundo tiempo cuando el Nombre del Padre lo inscribe en un lugar dejado libre por la ausencia de la madre.

Esta ausencia, según dice J. Lacan, llama al Nombre del Padre, y es éste el que otorga al deseo de la madre su significación fálica.

Es en el segundo tiempo del Edipo, cuando la madre se ausenta del lugar en el lugar en el que se ofrece como único objeto de deseo y se retira a colocar su mirada deseante en aquel que soporte el lugar de poseedor del falo (el padre).

A consecuencia de esto la Función del Nombre del Padre sustituye aquí (en segundo tiempo) la primacía del falo.

Ahora bien, si decimos que el Nombre del Padre inscribe la ausencia de la madre (del lugar de único objeto de deseo) otorgándole estatuto simbólico, la madre es también in-significante.

Ser-madre, así como ser-padre, pertenecen al registro de lo simbólico, pero no son dos significantes iguales.

Mientras la madre es el significante del objeto primordial, el padre es el nombre.

Quien primero muestra la relación inevitable del niño con el objeto primordial, la madre, es Freud.

Tanto Freud como Klein tenían claro las consecuencias históricas de esta relación deseante y desde la actualidad podríamos decir que estas consecuencias transcurren en un espacio donde el cuerpo se ofrece como objeto, ya que madre e hijo ocuparían alternativamente el lugar de objeto:

- 1) ella, como objeto primordial.
- 2) El hijo, como único objeto de deseo, en su identificación imaginaria con el deseo de la madre.

Y si en el mundo animal hay instinto, y el animal desconoce el interdicto, en lo humano hay deseo, y este deseo produce un sujeto del lenguaje marcado por un interdicto: la prohibición del incesto.

Por esto ante la pregunta “¿en qué consiste la servidumbre de la madre?” Diremos que su servidumbre es desear.

El desear de ella sería el movimiento psíquico, (como el motor del sueño del que hablaba Freud) que permite que el objeto, el hijo, pueda transformarse en sujeto del lenguaje.

La condición sería una exterioridad que funciona como continente, para lo que en otro tiempo será su propia medida.

Cuando Françoise Doltí, hablaba de la madre siempre la unía en la idea de continuidad en la relación con la persona titular. Ella decía que el resultado de esta continuidad creaba “en el niño la memoria de él mismo- el otro” (S. De psicoanálisis).

“Su rostro propio es, al principio, su rostro de ella”

Por esto habla del cuerpo de la madre- nodriza como espacio mediatizado, que permite conocer y reconocer, e incluso yo diría que permite un aprendizaje que ve desde el olor de la madre hasta el olor del mundo, con el paso obligado por la palabra del padre.

Al cuerpo le corresponde entonces un papel importante ya que queda comprometido en la génesis de un espacio deseante.

La madre presta el cuerpo.

Este cuerpo para algunos autores es una región limítrofe entre lo real y lo imaginario, se podría incluso definir como una potencia desconocida que se dejaría capturar por la magia de la transformación del espacio real, en un espacio imaginario; como puede ocurrir en algunas histerias.

Cuando Freud enuncia la ley de prohibición del incesto, enuncia también su correlato: el deseo de transgredir. Así el deseo de incesto es presentado como deseo fundamental.

Si hemos dicho que la madre presta el cuerpo, si su servidumbre es desear, ahora agregamos que debe estar faltante para que el niño pueda ponerse a salvo de la especularidad con el objeto primordial.

Esta falta de la madre, nombrada por Lacan como falo, permite pensar la relación del deseo de la madre con su objeto.

Si el objeto del deseo de la madre es el falo, ella investirá al niño como falo para hacerlo objeto de su deseo.

Ahora bien, este devenir sólo es posible sobre el fondo de su propia castración.

Por lo tanto no hablamos de la madre castradora, sino de la madre que sirve y esa es la madre castrada, la que permite en el reconocimiento de su falta, que la Metáfora Paterna rige, ordena e instala la prohibición del incesto.

En 1912, en “Tótem y tabú”, Freud viene a decirnos que “el tótem protege y da nombre a los miembros del clan. De tal forma que si preguntaran: ¿quién

eres? a un miembro del clan, daría como referencia su tótem, y se identificaría con él”.

Es decir, en el tótem está su nombre, su historia, la historia de su nombre y por lo tanto su filiación.

La fiesta totémica, el acto de devorar fraternamente unidos al animal después de haberlo matado, es precedido por una ley.

La fiesta viene a conmemorar un acontecimiento, antes del cual no había ley.

El relato mítico que construye Freud, basándose en las hipótesis de Darwin, pone de manifiesto que el tótem sería una metáfora de la función del Padre.

Su ausencia en lo real permite su presencia en lo simbólico.

Para muchos autores el mensaje de Freud tiene un carácter fundador; no porque constituye un acontecimiento histórico, sino porque sería condición de posibilidad de la historia.

Y si la ley del padre es la que hace posible la historia, la función de la madre es la que pone el cuerpo para que el hijo recoja la historia.

El cuerpo es un soporte de la historia,

La historia no es sin ley,

Ya que no hay orden sin castración.

Por lo tanto la prohibición del incesto como o ley y la castración como su consecuencia serían los dos conceptos de significación más importante de esta muerte mítica del padre en el texto de Freud.

La primacía del padre muerto, barrera que escinde lo natural de lo humano, la satisfacción animal de la cultura, implicaría una renuncia imprescindible para que sea posible un orden.

Víctor Gómez Pin dice: “Por la castración queda excluido de nosotros la realización del deseo incompatible con nuestra condición”.

La madre no puede desconocer la ley, ya que la función de la madre está ligada a la función simbólica del padre y a la prohibición.

La prohibición que Freud nombra en el relato mítico, Lacan lo retoma en los tres tiempos del Edipo, pero lo considera históricamente precedido por un corte primitivo cuya marca inaugural lo constituiría el destete.

El destete sería la inscripción primitiva y arcaica que da cuenta de la existencia primaria de la prohibición y la ley.

Freud, en 1949:

“Los lazos que unen la relación madre-hijo tienen una particularidad que no está conectada con la duración de la alimentación (nourrisage-amamantamiento)...”.

“El destete interrumpe la relación biológica y determina una estructura dialéctica”.

Luego lo importante es la interrupción de la relación de amamantamiento, puesto que sería lo que espera un corte, el destete, no la función positiva de la alimentación.

La interrupción es la que determina la forma primordial de la imago materna y no la satisfacción de la necesidad.

Es decir, la imago materna surge de la pérdida de esta forma parasitaria de cuidado y, por lo tanto, el amamantamiento; o bien la satisfacción de la necesidad que daría en un segundo término respecto del destete.

Esta pérdida, este corte, la negación del destete (le refus du **sevrage**) sería la imago de una relación nutricia que tiende a re-establecerse en el momento mismo en que se ha perdido.

Así como para Wallon la sonrisa del bebé en la relación nutricia tiene un valor psicológico para la madre, ya que otorga a la sonrisa la significación de satisfacción de la necesidad, para Lacan es la pérdida, el destete y la negación de la pérdida lo que produciría la construcción de la imago maternal, para re-establecer la dialéctica de la relación nutricia. (Les complexes familiaux, 1984).

La importancia de esta pérdida y su correspondiente negación, se correlacionan con lo prematuro del nacimiento para la cría humana, y esta precocidad que separa al niño de la matriz sería de donde proviene un malestar (un malaise), un desasosiego, una falta “que ningún cuidado materno puede compensar”. Y es este intento de compensar un malestar irreparable que, desde mi punto de vista, donde queda enganchado, colgado, el deseo de la madre.

Porque si hay alguien colgado a la imago del seno materno, ese alguien es la madre.

En el seminario de la relación de objeto, dice Lacan refiriéndose a la dialéctica sexual del niño con el pecho de la madre: “Lo que desempeña aquí el papel esencial no es el objeto, sino el hecho de que la actividad ha adquirido una función erotizada en el plano del deseo, el cual se ordena en el orden simbólico”.

Luego la maternidad constituiría un escenario erótico de fusión, donde transcurre una historia marcada por la pérdida; insostenible sin la castración de la madre e incapaz de compensar aquel malestar, aquella falta a la que queda ligada la precocidad del nacimiento en la cría humana.

Dentro de este escenario al que me estoy refiriendo, el corte que marca el destete obliga al deseo de la madre a re- colocarse y a re- significarse, situándose aquí uno de los momentos más difíciles de resolver para la madre en la relación con el hijo.

Aceptar lo imposible de reparar, soportar el corte del destete, resistir la tentación de colgarse del a imago del seno materno y en el mismo movimiento psíquico sostener el deseo erotizando la necesidad sin confundir que esta sea una manera de satisfacerla.

## CONTORNO IMAGINARIO DE LA MATERNIDAD

Tanto las mujeres que reconocen el deseo de ser madre como las que no, cuando hablan fácilmente centran la preocupación, en lo que responde a un cambio de posición imaginaria:

- por un lado abandonar la sombra de la madre,
- por otro ceder la posición de hija.

La mujer recuerda a su madre y en la cercanía de su propia maternidad la reencuentra en otra dimensión.

La hija deviene madre. Este pasaje en el que se produce el retorno de una primera identificación con la madre, interroga a los conflictos pendientes, que empiezan a hacerse presentes ya desde el momento en que el deseo de un hijo anuncia la llegada de un tercero.

El hijo en tanto tercero ocupa un sitio, un lugar en lo psíquico de la mujer que desea un hijo.

Si no hay lugar habrá dificultad en embarazarse, ya que no se dan las condiciones donde se produzca la espera.

Si no hay espera, no hay hijo.

La espera es condición de la maternidad ya que la disposición a esperar coloca al imaginario femenino frente a una peculiar relación con el tiempo, donde queda excluida la urgencia.

La feminidad, habitualmente valorada por la calidad de los óvulos, responde fundamentalmente a los recursos psíquicos propios de la espera.

Voy a ilustrar con fragmentos de un caso clínico los vaivenes imaginarios de una embarazada en relación con su madre y con su hijo por venir: es decir, desplazando su fantasma desde diferentes maneras de expresar el miedo a la maternidad hasta las contradicciones que enseñan un deseo de completud y un deseo de repetir.

Al principio del embarazo (tercer mes).

“Tengo miedo al parto y miedo a todo. Me van a caer todos los males. Me van a pillar si hago algo malo”.

“Mi madre lo controla todo. Me la imaginaba en el paritorio conmigo, como si el hijo fuese de ella y mío, criticándome. Diciéndome que todo lo hago mal...”.

“Siento como si ella se fuese a quedar con mi hijo y se lo apropiara”.

“Todo es suyo. Lo que es mío también es suyo”.

“El mensaje que ha dado es: tú sola no puedes hacer nada, pero con otra persona tampoco, a no ser que esa persona sea yo...”

Un mes antes del parto.

“Tengo miedo que al nacer mi hijo ya no sea tan mío. Tengo tantas ganas de que nazca como de quedarme así, luego todo el mundo me dice que bien estoy”.

“Esto de tener un hijo es porque yo quiero, y con un hombre. Siento que traiciono a mi madre”.

“Temo que mi hijo se asfixie aquí dentro, temo que yo mate a mi propio hijo. Tanto que digo, que si tengo miedo que los demás me hagan daño y tal vez la peligrosa soy yo”.

“Por otra parte temo que el niño me haga daño a mi...”

“Me siento tan poderosa que me tranquiliza que estén los médicos y me abran la tripa”.

“Mi madre no dejaba que nadie me cogiese en brazos, debía pensar que me podían gustar otros brazos y ella me quería sólo para ella”.

Seis días antes del parto.

“Me quiero quedar así”.

“Me siento importante, gusto más. Soy más mujer, gorda y con tripa. Plana o lisa, te da la sensación de verte privada... te falta algo”.

Después del parto, refiriéndose al niño.

“Por un lado quiero que engorde, por otro no quiero que crezca, que se vea que salió de mi”.

“La palabra parto viene de partir, de que te parten en dos”.

Veinte días después del parto.

“Mi hijo llora todo el tiempo, me está diciendo con eso que no le gusto como madre”.

“No quiero dejar el niño a mis padres, me da la impresión que me lo van a robar”.

Un mes y medio después del parto.

“Estoy tan centrada en el niño que no pienso en otra cosa. Esto totalmente asexual”.

“Sólo pienso en disfrutar cuando le doy el pecho, aunque tengo miedo de que me haga daño”.

“Querría dárselo infinitamente, hasta que me apeteciera. Quisiera detener el tiempo”.

“Crece tan deprisa...”.

Cinco meses después del parto.

“No sé qué me pasa con mi marido, no me gusta. No puedo estar bien con los dos”.

Al año.

“Hoy he pensado que no me apetece quedarme otra vez embarazada; aunque me apura que mi hijo esté solo. Debe ser mi necesidad de ser todo para él, ser más importante que su padre”.

“Tengo mala conciencia por querer ser la única”.

“¡Pobrecito mii hijo! No se merece la madre que yo tengo...”

“Aún no he asimilado que somos tres”

“Yo siempre he creído que era la causa de la alegría y la infelicidad de mi madre. Yo era el ciento por ciento, la causa de toda...”.

“Yo me exigía cuando mi hijo nació ser una heroína. Esto es una pretensión para manipular. Si yo soy lo único que él tiene, se eres todo para él, le tienes sometido a ti”.

Hasta aquí el discurso del a paciente.

Para terminar quisiera comentar brevemente dos momentos del discurso:

Uno de ellos al final, cuando afirma “su querer ser una heroína”.

La palabra heroína metaforizaría el devenir del deseo de la madre. Heroína, como femenino de héroe: el que salva, ese al que se admira; y heroína en tanto a droga, que somete y da lo que no se puede prescindir.

Este lugar sagrado de la figura materna se nombra además cuando dice: “causa de toda...”, “el ciento por ciento”, etc.

El otro momento en el que me quería detener es en le fragmento de habla del parto, ella dice: “viene de partir, de que te partan en dos...”.

Mientras que el hombre, en tanto sujeto humano es creador y a l tiempo criatura: “la partición no pasa dentro suyo...” (Lemoine). “La mujer, en cambio, participa de la creación y por ello está dividida...” y porque está dividida se queja y está dispuesta a hablar.

La mujer habla de su queja y en este acto intenta incansablemente juntar sus partes, resolver el enigma que forma parte del saber femenino- madre.

En consecuencia, para la mujer la partición es su residencia. Mientras en el hombre ve la encarnación de lo uno, al mirarse a si misma se ve partida.

En la Biblia, se puede leer “Dios creó al hombre” Esto ya define un lugar para la mujer y la madre en nuestro universo cultural.

Ella tendrá que convivir con el fantasma de haber surgido de un trozo y con la ilusión de rellenar lo que falta.

En este sentido, hablar cumpliría, entre otras, una función imaginaria de reparación, respondiendo a una búsqueda de unificación de su propio fantasma.